

¿Beneficiará su Acercamiento a la Sociedad?

La Iglesia, un Aliado Exigente; el Gobierno la Necesita y Ella lo Sabe

LORENZO MEYER

Hubo un tiempo en que la élite política mexicana subordinaba, por las buenas o por las malas, a aquellos en quienes se apoyaba. Parece que hoy ya no es ese el caso, al menos no con los nuevos apoyos, pues algunos de éstos simplemente no aceptan la subordinación y asumen el papel de aliados exigentes.

"Zopilotes que graznan de coraje y envidia ante una parvada de pavorreales". De esta manera tan gráfica —y agresiva— se refirió el obispo Genaro Alamilla, presidente de la Comisión Episcopal para la Comunicación Social, a quienes, pese a las enormes

SIGUE EN LA PAG. VEINTISEIS

La Iglesia, un Aliado Exigente

Seguimos de la primera plana

concentraciones populares con que se recibió al Papa en México —plebiscitos los llamó él— insisten en oponerse a las demandas de la Iglesia católica para que se proceda al restablecimiento de relaciones entre el gobierno mexicano y el Vaticano y, sobre todo, a modificar la Constitución para dar a esa Iglesia "el derecho de cumplir con su misión evangélica (Uno más uno, 11 de mayo). Al día siguiente, y en las puertas de la delegación apostólica en la ciudad de México, fue el propio Juan Pablo II quien de manera más amable y diplomática, insistió en lo dicho por el obispo Alamilla, pues se declaró confiado en que pronto la delegación se transformará en nunciatura, lo que necesariamente implica la formalización de la relación entre la Santa Sede y el gobierno de México.

El obispo Alamilla no identificó a los "zopilotes" que tenía en mente, deben ser varios. Sin embargo, al hacer su comentario ya se conocía una declaración bastante clara, tajante, del secretario de Gobernación sobre el particular. En efecto el martes 8 de este mes, al salir de una celebración de los voceadores de periódicos, Fernando Gutiérrez Barrios había informado a los reporteros que, en contra de lo que pudiera inferirse de los hechos —el nombramiento de un representante personal de Carlos Salinas ante el Papa, la presencia del Presidente en el aeropuerto para recibir al Jefe del Estado Vaticano y de la Iglesia católica, el posterior encuentro de ambos personajes en Los Pinos, y todo el apoyo logístico de los gobiernos federal y de los estados a la intensa gira papal por México— el gobierno no pensaba proponer una modificación de los artículos constitucionales que rigen la actividad de las iglesias en México ni tampoco establecer relaciones formales con el Vaticano. En otros tiempos y circunstancias las palabras del obispo hubieran provocado una fuerte reacción de parte de la élite política mexicana, pe-

ro no ahora. Esta falta de respuesta de esa élite muestra, quizá que el liderazgo gubernamental ya no puede darse el lujo de enfrentarse a los "pavorreales" (que muestran una disposición combativa que normalmente no se asocia con esas aves de ornato) pues las necesita y ellos lo saben.

Antes del tristemente célebre "crac" del 82 —el principio del fin del régimen posrevolucionario mexicano—, era la élite política la que tenía complejo de pavorreal, pues era la dueña casi absoluta del escenario político mexicano. Orgullosa en extremo como resultado natural de un largo ejercicio del poder sin oposición significativa, ese grupo no conocía a los aliados, sino únicamente a los subordinados. Subordinados a la voluntad presidencial eran, desde luego, los campesinos y sus organizaciones pero también aunque de maneras ligeramente distintas, las instituciones que agrupaban a los asalariados, a las clases medias e, inclusive, las de los propios empresarios, pues el capital operaba en un medio donde era la élite gubernamental la que imponía las reglas y efectuaba una parte sustantiva de la inversión. Hoy esto ha cambiado considerablemente, aunque aún en el centro del escenario. La Presidencia requiere para ser efectiva de una relación activa y positiva con, entre otros, la Iglesia Católica, pues ésta puede ser uno de sus grandes apoyos en este difícil periodo de transición de un sistema económico (y por lo tanto político) centrado en la actividad estatal a otro, donde el papel del Estado será menor y, en cambio, aumentará el que desempeñan las fuerzas de mercado como distribuidoras de los recursos sociales. En estas condiciones, el gobierno está entrando en un periodo de aprendizaje: el propio de alguien que por primera vez en mucho tiempo necesita aliados, y por tanto les debe hacer concesiones y mostrar deferencia.

Ahora bien, el apoyo de la Iglesia al Gobierno y al programa de Carlos Salinas se va a dar en el marco construido por las impresionantes concentraciones de

millones y millones de mexicanos que, por voluntad propia, con enorme paciencia, entusiasmo y disciplina desafiaron todo tipo de incomodidades para poder oír o al menos ver por un instante, al Papa. Esta movilización contrasta enormemente con la incapacidad del Gobierno —y también de otros líderes no gubernamentales— para despertar al menos una fracción de la emoción colectiva que causó la segunda visita papal a México.

En el siglo XIX, el Estado vio en la Iglesia católica a una peligrosa rival en la lucha por la lealtad de los mexicanos, y ésa fue una de las razones de la encarnada disputa de entonces entre la jerarquía y la élite política. La misma actitud de desconfianza y recelo hacia la Iglesia católica volvió a aflorar con la Revolución mexicana, especialmente bajo el liderazgo del general Calles. A mediados de los años treinta, el entonces llamado "Jefe Máximo de la Revolución Mexicana" lanzó lo que se conoció entonces como el "griño de Guadalajara", donde reclamó una revolución mental —que resultó ser la educación socialista— que debería tener como objetivo "...apoderarnos de las conciencias de la niñez, de las conciencias de la juventud, porque son y deben pertenecer a la Revolución...", no a la Iglesia.

Finalmente, el Estado mexicano posrevolucionario y la nacionalidad mexicana se consolidaron, pero está claro que la meta del general Calles se logró. El gobierno y su ideología no se apoderaron de las conciencias de la niñez y juventud de entonces ni menos de la de ahora. En efecto, según una encuesta de opinión recientemente conducida por Miguel Basáñez (EXCELSIOR, 6 de mayo), si un ciudadano mexicano tuviera que verse forzado a elegir entre creer lo que dicen los voceros del gobierno y los de la Iglesia, 2.5% no sabría qué hacer, pero poco más de una cuarta parte (26.8%), se inclinaria por no creerle a ninguno; la desconfianza del mexicano frente a los líderes de cualquier índole es notable. De todas maneras y pese a la existencia de un numeroso grupo de desencantados, 70.7% de los mexicanos seguiría teniendo capacidad de creer. De ese universo de optimistas y creyentes, poco más de un tercio (36.90%) le daría igual peso a lo que le dijera un representante de la Iglesia que a uno del gobierno. Sin embargo, y esto es quizá lo más dramático, el grueso de los mexicanos que aún conserva alguna capacidad de creer se inclinaria por depositar su confianza en lo dicho por un representante de la Iglesia y no del gobierno —52.3%— en tanto que únicamente 10.7% lo haría al revés.

★
Después de todo lo que ha ocurrido en la relación Iglesia católica-Estado en México desde la independencia hasta nuestros días, y si hemos de crear en las

encuestas (lo que no siempre es conveniente), la credibilidad de la Iglesia sigue siendo muy superior a la que tiene el gobierno. De ahí que para este gobierno —que el mes pasado sólo parecía tener una alta credibilidad entre 7.6% de los mexicanos mayores de 18 años en contraste con 37% que tiene la Iglesia— le resulte casi irresistible la idea de intentar adquirir una parte de esa credibilidad de la institución eclesial, aunque el costo sea tener que tratar a la jerarquía con gran deferencia privada y pública, pues si bien el gobierno tiene el poder formal carece de la capacidad de convocatoria frente a la sociedad que tiene la Iglesia... y viceversa.

Quizá Iglesia y Estado finalmente logren establecer una relación funcional, de conveniencia, dando cada uno lo que tiene y el otro busca. Está por verse si en este intercambio la sociedad en su conjunto sale ganando. En cualquier caso, al negociar sus acuerdos cupulnare la Iglesia y el gobierno, ambos deberán tener en cuenta que, según la misma fuente de las cifras anteriores, y pese a la naturaleza eminentemente religiosa y católica de la sociedad mexicana, casi las tres cuartas partes de los mexicanos encuestados (72.3%) se expresaron en contra de que la Iglesia participe en política.

Considero que una razón de la gran credibilidad de que disfruta hoy la Iglesia católica en México se debe, por una parte, al enorme carisma del Papa, que contrasta con el descrédito de la clase política mexicana, pero también es resultado del alejamiento (forzoso) que esa Iglesia ha tenido respecto del poder, lo que le ha evitado verse asociada a la corrupción de ese poder. De ser cierta esta hipótesis, entonces resulta que si la Iglesia deseara preservar su credibilidad, en realidad le convendría seguir manteniendo su separación moral y física respecto de los poderosos de este mundo. Por el contrario, si la Iglesia católica mexicana tiene como meta ganar el espacio de presencia política que perdió frente a los liberales del siglo XIX y los revolucionarios del XX, entonces éste es el momento oportuno para intentarlo, cuando el viejo sistema de poder que la aisló ya no tiene fuerza y el nuevo aún no se consolida.

Como nada es gratuito en este mundo, un triunfo político mayúsculo para la jerarquía, como sería lograr la modificación de la Constitución, inevitablemente haría de la Iglesia un actor político más visible, y por tanto más buscado por unos para convalidar decisiones y más atacado por otros por exactamente la misma razón. El reino de este mundo tiene costos, y el costo mayor sería el desgaste en el largo plazo de la autoridad moral. Los pavos reales de hoy podrían terminar, con el correr de los años, con el plumaje ensuciado y maltratado, confundidos, quizá, con los zopilotes.